

sobre el grupo X acreditan que el trabajador puede salvarse por sí mismo; pero que reuniéndose en la cooperacion y en la coparticipacion, reuniéndose el trabajador y el propietario, pueden salvar la sociedad.» Y éste es, señores, el movimiento salvador que hoy se realiza por medio de la inteligencia entre el obrero y el propietario, inteligencia que tiende á la coparticipacion; ó bien por la libertad entera y aislada del trabajador, libertad que tiende á la cooperacion.

Hay, señores Diputados, quien ha profesado estas ideas en las esferas oficiales. ¿Os parece una cátedra muy revolucionaria la cátedra del Colegio de Francia? ¿Os parece una cátedra muy revolucionaria la tribuna del Senado abolido en Francia? ¿Os parece una cátedra muy revolucionaria la *Revista de ambos mundos*? Pues bien; allí ha dicho Chevalier que se nota un movimiento á la coparticipacion; y ese movimiento es á sus ojos más que la revolucion francesa. El imperio fundó una cátedra en la Sorbona sobre problemas sociales, á cuya cátedra he asistido yo, desempeñada durante unos días por Carlos Robert. Pues bien; Carlos Robert explicó en cinco lecciones la manera de evitar los desastres de las huelgas, y la manera de evitarlos es hacer copartícipe al trabajador en los beneficios del capital.

Y qué, ¿creeis que no existen esas sociedades? Mi amigo el Sr. Garrido me invitó á que asistiese á un gran establecimiento fabril é industrial fundado en Guisa, el cual se asienta en estos principios.

En la calle Poissonnière de París hay una fábrica en que el trabajador está asociado al capitalista, y gana 20 por 100 más de lo que ganaba con su antiguo salario. En la calle Saint-Georges, no léjos del hotel de M. Thiers (esto se puede comprobar mañana mismo), hay una gran industria de fabricacion de papel, de do-

rado, en la cual M. Lecrair, así creo que se llama, M. Lecrair ha realizado esto: ha obligado á sus trabajadores á la coparticipacion.

Ayer mismo, como si hubiera venido milagrosamente, se me envió por un amigo mio de Bélgica un grueso volúmen que he registrado durante todo el domingo, faltando al precepto de no trabajar, y en este volúmen me he encontrado lo siguiente: que hay en Bélgica sociedades de ahorros, de crédito, de inválidos, de trabajo, de consumo, de produccion; que unas, muy pocas, tienen el apoyo legislativo; otras se han fundado por la asociacion de patronos y trabajadores; y otras se han fundado por la asociacion de trabajadores solos.

Pues miren los señores Diputados el milagro que han alcanzado el año pasado. Han construido con ocho millones de reales casas en Brusélas, en Lieja, en las cuales el trabajador, pagando 20 francos al mes el que más, y 14 ó 15 el que ménos, tiene habitacion llena de aire, de luz y con jardin, de la cual puede concluir por ser propietario.

Si la asociacion vive, si la asociacion voluntaria puede realizar estos milagros, ¿por qué no he de creer yo en la virtud de la asociacion, en la virtud de la federacion, en la virtud de todos los principios modernos para resolver el problema social? ¿Qué es lo que á ese gran principio me oponia el Sr. Cánovas del Castillo? El Sr. Cánovas del Castillo examinaba con su profundo talento y con su arrebatadora elocuencia esta gran cuestion, y todo lo que encontraba para resolverla era, señores, la eternidad de la miseria.

Yo no pertenezco á la escuela que quiere suprimir el dolor. Yo creo que si se quita á la obra humana el esfuerzo, el trabajo, la gota de sudor que la esmalta, se le quita todo mérito. Sucede con el dolor lo mismo que sucede con la muerte; lo mejor parece á primera vista

suprimirla. Pero vemos lo benéfico de la muerte cuando recordamos que la vida humana sería un lago ponzoñoso, un lago que corrompería el universo si faltase en ella la renovación de las generaciones. Si no hubiera dolor, el mundo sería un harem y el hombre sería un sultán crapuloso.

El dolor es un incentivo, es la sed del ideal, que existirá eternamente en el mundo, es la aspiración á lo infinito, como la muerte no es para mí la muerte; la muerte para mí es una transformación de la vida. El sepulcro que visto desde aquí parece un abismo negro y horrible, visto desde el cielo parecerá, como las estrellas á nuestros ojos, un punto luminoso; y el cadáver, que tanto nos repugna, será tan bello como un recién nacido á la vista de otro mundo mejor, del mundo de las almas.

Pero, señores, ¿no tenemos el deber moral de evitar el dolor? ¿No tenemos el deber moral de evitar la muerte? Pues, ¿por qué no hemos de tener el deber social, el gran deber social de resolver todos los problemas económicos, para extinguir, en cuanto de nuestras fuerzas dependa, la miseria? ¿Por cuántas progresivas evoluciones ha pasado el trabajador!

¡Ah! si el Sr. Cánovas pudiera trasladarse con su grande talento y con su poderosa imaginación á Roma; si se acercara al esclavo romano y le dijera: tú, cazado en las selvas de la Pannonia ó en los arenales del África; tú, vendido á las puertas de la taberna con un cartel al cuello y una marca en la frente; tú, adscrito á la portería con dos argollas y dos cadenas en ambos piés; tú, alimentado con los despojos de los perros; tú, que has visto á muchos de tus compañeros caer despedazados para servir de alimento á las murenas de los estanques patricios; tú, que has visto salir á otros para perecer en el circo divirtiéndolo un momento los ocios y

el hastío de los señores de la tierra; en los sucesivos desarrollos de tu sér, en la ascension progresiva de tu esencia, en la persona de tus descendientes, has de ser llamado á legislar; has de ser más libre que los romanos; has de ingresar en los comicios; te has de sentar en el Senado; todas las Constituciones te han de llamar soberano; y esa teología, que ahora pasa indiferente delante de tus dolores, transformada por nuevas ideas, te ha de predicar que el Dios creador de los cielos y la tierra abandonó su trono de estrellas para morir por tí, para redimirte en tu mismo patíbulo, en la cruz, que has cubierto de lágrimas y de sangre, y que desde los abismos de la ergástula se elevará hasta rematar la corona de los Reyes, la tiara de los Pontífices, y ser lábaro y luz y consuelo de mil generaciones en toda la redondez de la tierra.

Pues qué, señores Diputados, ¿no han venido grandes, sucesivas evoluciones del estado social á mejorar la condición del trabajador? Y el Sr. Cánovas ¿qué nos oponía á todo esto? La eternidad de la miseria. ¡Desoladora doctrina!

Bien es verdad que el Sr. Cánovas estaba triste, muy triste; todas sus ideas parecían nacidas de la desesperación. Y no era la desesperación individual, que tiene demasiada fuerza para salvar por sí todas las dificultades del momento: era algo más profundo; era la desesperación de su escuela, de la escuela doctrinaria, cuyo espíritu se muere y se extingue. Decía el Sr. Cánovas: ahí veis; el cesarismo se ha fundado en el centro de Europa. ¿Por qué? Porque se ha fundado un imperio fugaz en la federal Alemania, imperio que nunca se hubiera producido sin vuestros grandes errores, sin los errores vuestros que mataron la república francesa; imperio que ha sido necesario fundar para destruir tres poderes más fuertes y terribles: el núcleo de la

teocracia en Roma, el núcleo de la Santa Alianza en Viena, y el núcleo del cesarismo occidental en París. Y después, cuando el Sr. Cánovas veía el pueblo armado, cuando veía el sufragio universal armado, que para mí es como la era de las Cruzadas, que para mí es como el armamento de los esclavos en los últimos días del imperio romano, como el armamento de los esclavos de la América del Norte, decía: ahí está el cesarismo, cuando lo que está ahí es la redención del proletariado. Luego se volvía hacia nosotros, y tomando grandes ejemplos en sus largos y profundos estudios, nos citaba á Polibio y á Aristóteles, y nos presagiaba para las democracias modernas el fin de las democracias antiguas, cual si pudiera morir tan fácilmente un mundo que se funda en el trabajo, como murió el mundo antiguo que se fundaba en la esclavitud. Por último, en presencia de estos dolores, en presencia de estas angustias, cuando el trabajador levanta sus brazos al cielo, cuando gime, cuando llora, cuando se ha formado con la luz de sus ideas una especie de espejismo, S. S. no encontraba á esto más solución que la solución de la lucha, ni más remedio que el remedio del hierro y del fuego.

¿Qué ha resuelto nunca en el mundo, que ha podido resolver el hierro y el fuego? La cicuta que mata á un pensador es la savia del árbol de la historia, la sangre que circula por las venas de toda la humanidad. Esos mismos que están ahí en esas lápidas en apoteosis, ¿no murieron condenados por los Reyes, maldichos por los sacerdotes, denostados por el pueblo, que les escupía, que pedía Rey absoluto á los gritos de «vivan las cadenas y muera la Nación»? Esos hombres, ¿no fueron arrastrados al patíbulo en una estera y precipitados á la eternidad por la mano del verdugo? Y sin embargo, vosotros escribís ahí sus nom-

bres para ejemplo de las generaciones venideras, como estrellas fijas que iluminan la mente de los legisladores modernos.

Pues qué, un pensador de esa altura ¿no sabe que, después de todo, el hecho en la historia es el fenómeno? ¿No se acuerda de esto que tantas veces ha dicho en sus elocuentísimos discursos de academia: que el hecho es el fenómeno: y lo sustancial, lo permanente, lo eterno, es la idea?

Yo quiero que me digáis qué idea habeis extinguido con la persecución los perseguidores de ideas. Perseguísteis á los fundadores de la conciencia del mundo moderno en Occidente; perseguísteis á Thales, y nació Pitágoras. Obligásteis á Pitágoras á forzoso silencio, y nació Genophanes. Desterrásteis á Genophanes, y nació Sócrates. Dísteis á Sócrates la cicuta, y nacieron Platon y Aristóteles, las dos fases eternas del espíritu humano. Fueron los estoicos á Roma; la familia Flavia los expulsó, y el estoicismo subió al trono con Marco Aurelio para difundir su espíritu universal en todos los Códigos del mundo. Y ese mismo estoicismo azuzó las fieras del Circo contra los cristianos, y los cristianos ocuparon el Capitolio. Y vino la Iglesia y se hizo á su vez perseguidora; y persiguió á Pelagio; y persiguió á Arrio; y persiguió á los nestorianos; y persiguió á los valdenses; y persiguió á los albigenses; y las sectas fueron, como grandes cometas, siguiendo su camino entre hogueras y tormentos hasta formar ese planeta que se llama reforma. Y luego desterrásteis de los palacios de los Reyes absolutos á los filósofos, y los filósofos dominaron en el siglo XVIII á los Reyes absolutos. Excomulgásteis á los masones, y el masonismo es hoy el sentido común de vuestra clase media. Perseguísteis á los carbonarios, y los persiguió la Santa Alianza; no les dejó un asilo en la tierra, no

tenian patria; y un gran carbonario, Mazzini, educó á los Reyes; y el carbonarismo domina hoy en el Quirinal, y extiende sus reflejos hasta el palacio de Madrid, y se levanta sobre el sepulcro donde descansan los huesos de Felipe II, como para probar la impotencia de todos los inquisidores y de todos los déspotas contra el movimiento natural de las ideas.

¿Por qué habeis, pues, de hacer esfuerzos completamente inútiles? Ya comprendia el Sr. Cánovas lo inútil de su afirmacion, y con una gran fuerza de síntesis se agarraba como el desesperado. ¿A qué, señores Diputados? A una reaccion religiosa. ¡Ah! que si la cuestion no fuera tan personal, yo habia de contestar á las amistosas observaciones de mi elocuente amigo particular el Sr. Nocedal y á las del Sr. Cánovas, acerca de lo que han dicho sobre mi antiguo cristianismo y mi nuevo y para mí definitivo racionalismo. Pero no, la cuestion es muy personal, y yo no distraigo al Congreso, yo no distraigo á la Nacion hablándoles de mi insignificante persona. Pero quiero deciros una idea, se la quiero decir al Sr. Cánovas, se la quiero decir al Sr. Nocedal, no en són de censura, no en són de reconvencion, sino para que lo experimenten y decidan, ellos que indudablemente son oidos en los consejos de algunos poderes superiores de la tierra.

Hay, sí, almas cristianas por naturaleza, almas cristianas por educacion, que han nacido en un hogar virtuoso y cristiano; que se han criado en una aldea, sin más arte, sin más ciencia, quizá sin más espectáculo que la iglesia, y han absorbido su alma en la nota mística del órgano, en la espiral del incienso, en la luz cernida por los vidrios de colores y reflejada en las alas doradas de los ángeles del santuario, y han creído que el cristianismo era la religion del débil, la religion del esclavo, del oprimido, y que el mundo moderno, en un

progreso creciente, no podria lograr la libertad, la igualdad y la fraternidad sin la Iglesia, si habia de cumplir aquel precepto de ser perfecto, como lo es nuestro Padre que está en los cielos; y cuando han entrado en las asperezas de la vida, se han encontrado con que esa religion era la aliada de todos los poderosos y la enemiga de los oprimidos; se han encontrado con que se levantaba Bélgica, y maldecia la Iglesia la Constitucion de Bélgica; se levantaba Suiza y llevaba el desorden y la perturbacion al seno de la Confederacion Suiza, honra y gloria de toda la cultura europea (*el señor Nocedal (D. Cándido) pide la palabra*); se levanta la república francesa, decia libertad é igualdad, y se mostraba la Iglesia indiferente, mientras al poco tiempo iba á bendecir á los pretorianos que, ébrios de aguardiente y de pólvora, asesinaban la república por la espalda; se levantaba Italia y se ponía de parte de los dominadores de Italia y en contra de la patria de los pontífices; y entónces esas almas desertaban de ese altar con dolor, yéndose tristes por no desertar los altares de su conciencia, indisolublemente unida á la causa de la justicia y del derecho.

¿Necesitais mi profesion de fe? Yo no lo creo. Yo lo digo, yo lo proclamo; necesitamos, sí, un grande espiritualismo, un gran idealismo para no perdernos en este mundo de máquinas, de papel-moneda, de intereses, de positivismo. Lo necesitamos, lo pedimos como lo pedia el mundo romano en sus postrimerías. Pero es necesario decirle á esa religion que sea una religion espiritual; que si quiere ejercer su ministerio en el mundo es necesario que sea puro y completo idealismo, en oposicion á todos los intereses terrenos, como en su período evangélico fuera el cristianismo.

Voy á concluir, señores, ó mejor dicho, he concluido ya. No podeis contra la asociacion *Internacional*

ejercer más ministerio que el ministerio que debe ejercerse contra todas las ideas; el ministerio de la contradicción. Si creéis que vais á ahogarla en sangre, ¿teneis los ejércitos antiguos, teneis los verdugos, teneis los inquisidores? Pues con todo eso no lograríais nada.

Y ahora, dirigiéndome á los progresistas de la mayoría, debo hacerles una observacion para concluir.

Señores Diputados, todos los representantes de la Nacion se mueven por móviles que yo respeto, que no juzgo, y que tengo el deber de creer tan patrióticos como los que me mueven á mí; pero no podeis dudar que en esa mayoría están los enemigos de todo el movimiento moderno, los enemigos de la Constitucion moderna, los enemigos de la revolucion de Setiembre... Si lo dudais, ya veremos quiénes votan el voto de confianza al Gobierno; ya veremos si no hay entre ellos votos alfonsinos, votos carlistas; ya veremos si no hay votos de los enemigos de la revolucion de Setiembre; ya los veremos, y los examinaremos. Ahí están los que por buenos móviles, por móviles respetables, quieren volver á la sociedad antigua, aquí están los que por los mismos móviles quieren mejorar lo existente y preparar lo porvenir; ahí están los que limitan los derechos individuales, aquí están los que los creen absolutos; ahí están los enemigos del sufragio universal y de la soberanía del pueblo, aquí están los amigos de la soberanía del pueblo y del sufragio universal.

Votad esa proposicion; habréis destruido la *Internacional*, pero habréis abierto una herida al derecho; y al hacer esto habréis abierto una herida á la Constitucion, á la democracia y á la libertad; como en 1843, como en 1856, moriréis, progresistas, de la muerte del suicida, entre los anatemas de todas las generaciones y bajo la maldicion de la historia.

## BREVES DECLARACIONES

SOBRE

### EL DERECHO DE REUNION RECONOCIDO Á LAS ÓRDENES MONÁSTICAS.

Las palabras que siguen fueron dichas algunas horas ántes de suspenderse las Córtes de 1871. En ellas se defendia con verdadera insistencia el derecho de reunion para las asociaciones de religiosos, como ántes se habia defendido el derecho de reunion para las asociaciones de trabajadores. Cuanto más se examinan estos debates, más se satisface el ánimo de haber en ellos intervenido. Mi lema de libertad he sabido llevarlo á todas partes y mantenerlo en todas ocasiones con una constancia que será la honra de mi vida.

SESION DEL 17 DE NOVIEMBRE DE 1871.

El Sr. CASTELAR: Voy á ser muy breve. La Cámara habrá visto que me he resistido toda la noche, á pesar de las repetidas alusiones que nos ha dirigido el señor Rios Rosas, á tomar la palabra. El cansancio, la fatiga, la hora, todo, señores Diputados, todo convidaba al silencio; pero, sin embargo, yo no podia callar. El señor Rios Rosas, que algunas veces me ha llamado con gran benevolencia elocuente, esta noche me llamaba mudo. El Sr. Rios Rosas, que sabe con cuánta atencion le escucho, cuán abiertos tengo los oidos cuando su señoría habla, me ha llamado esta noche sordo; y yo, al